Byron, cuya naturaleza contradictoria, romancesca, explosiva, excepcional, he intentado bosquejar, padeció más profundamente que nadie la sagrada enfermedad psíquica. En él este achaque sublime no fué intermitente, sino crónico: se manifestó, no sólo en las horas de inspiración del poeta, sino en todos los actos del hombre. Sancho Panza no hubiera apurado el licor de la orgía en cráneos humanos; no hubiera atravesado á nado las peligrosas corrientes del Helesponto, para demostrar la posibilidad de las hazañas de Leandro; no se hubiera arrojado á solas, de noche, sin necesidad, con ropas y todo, al sucio canal de Venecia surcado por las góndolas; no hubiera engendrado á Harold, ni á Manfredo, ni á Don Juan; no hubiera consagrado su oro y su sangre al rescate de un pueblo extraño; no hubiera vivido y muerto como Byron.

¡Perdóneme *Brummel* si soy un iluso que en las iluminaciones de su alma cree ver esplender un ideal divino y que lastimosamente confunde la afectación con el afecto y el artificio con el arte!

SALVADOR DIAZ MIRON.

SALVADOR DIAZ MIRON

Y SU CONTESTACION

A MI CRITICA SOBRE LA ODA "A BYRON"

I

Algunas palabras antes de entrar en materia.

El autor de estos artículos críticos, al publicarlos, no tiene pretensiones de ninguna especie. Para escribirlos, necesita un trabajo intelectual y un estudio que, si para alguien son provechosos, lo son para él mismo. Cree, además, que si en algunos géneros la literatura nacional progresa, preciso es que progrese también en la crítica, necesaria y coetánea siempre á todo adelantamiento artístico. Así, pues, *Brummel*, al echar sobre sus espaldas el pesado fardo de juzgar las obras de escritores que son en todo y por todo superiores á él, sólo se siente guiado por el deseo de que, á sus esfuerzos de pigmeo, sigan los de otros, que serán atletas. Debe también confesar que el éxito de su primera crítica ha ido más allá de sus espe-

ranzas, pues que un poeta de la talla y del estro del Sr. Díaz Mirón se ha dignado parar mientes en élla y no ha desdeñado entablar una polémica que siempre será caballerosa y que no llevará más objeto que ayudar al progreso de la patria literatura.

Dicho esto, sólo falta hacer al insigne poeta veracruzano una pequeña observación. Si detrás de *Brummel* se esconde un poeta—como él lo asegura, añadiendo galantemente á ese nombre los epítetos de inspirado y fecundo—cosa es de poco interés por el momento. El espíritu humano—Jano eterno—tiene una constante dualidad en sus concepciones: la síntesis y el análisis. Toda obra de arte es una obra sintética; toda obra de crítica es una obra de análisis. Si el que aquí firma *Brummel* hace versos alguna vez, presenta entonces una faz, y deja—y aun agradecerá—que se le juzgue á ese respecto; pero cuando presenta la otra faz, espera también que sólo se vea lo que muestra, haciendo abstracción de lo que no viene á cuento.

*

El artículo que en contestación á mi crítica ha publicado el Sr. Díaz Mirón en *El Diario Comercial* de Veracruz, es una verdadera profesión de fé literaria, y razón hay, y de sobra, para que yo me enorgullezca de haber sido la causa ocasional que determinara al insigne poeta á hacer la dicha profesión. Pero abarca élla tantas ideas y de tan diferentes órdenes, que necesario sería escribir un volumen para seguir á su autor en sus lucubraciones. Por eso mi primer cuidado será determinar los límites de la discusión, para evitar á mi inteligente adversario y evitarme á mí mismo, que nos lancemos campo atraviesa, con la rapidez de corceles que lucen sus vistosos escarceos.

El fondo de la crítica que he hecho al procedimiento artístico conforme al cual el Sr. Díaz Mirón hace sus versos, está contenido en las siguientes líneas de mi artículo:

"¿Díaz Mirón es satélite de Víctor Hugo? Nó; porque Díaz Mirón tiene talento, tiene inspiración; es poeta por sí mismo. Pero de Víctor Hugo ha tomado un procedimiento, y, para ser ingenuo, debo decir que eso constituye su principal, quizá su solo defecto. Sus ideas son casi siempre buenas, poéticas, levantadas; pero eso de querer encerrarlas siempre en una forma preconcebida, tiene sus inconvenientes, sus graves inconvenientes. Considerada así, la forma, la versificación, es un lecho de Procusto. Para que los pensamientos quepan en élla hay que mutilarlos, que cercenarles los miembros, y á veces la cabeza. La forma, así, deja de ser la manifestación plástica de la idea, se convierte en su estuche, estuche que la oculta, y, para verla, hay que perder algún tiempo en buscar la llave y aplicarla á la cerradura."

Ahora bien, el Sr. Diaz Miron, comienza por decir que ignora cuál es el procedimiento que emplea en la *fabricación* de lo que él llama—con modestia loable—sus coplas,—y que yo he llamado—con justicia—sus maravillosos versos. Debo desde luego decir que si el Sr. Diaz Mirón, en su calidad de poeta, está en su derecho para ignorar cómo hace sus versos, yo, en mi calidad de crítico, tengo el deber, el ineludible deber de saberlo. El arte tiene sus leyes eternas, como las que rigen el movimiento de los astros y la reflexión de la luz, y aquéllas, como éstas, felizmente para los artistas modernos, han sido ya formuladas y fijadas por innumerables hombres de genio que les han precedido. Desde que el hombre ha sentido y pensado, y dado forma á sus sensaciones y á sus ideas, las leyes inmutables del arte se le han impues-

to. Muchos siglos después de que Horacio escribiera su *Epístola á los Pisones*, Boileau, con los mismos principios, escribió su *Arte poética*. Y, de análoga, por no decir de igual manera, disertaron sobre achaques literarios, en muy diferentes épocas, Quintiliano y Blair, Laharpe y el *dómine* Hermosilla.

Por manera que, para el crítico, que no debe ver más que la obra, poco interés presenta todo cuanto el Sr. Sr. Díaz Mirón pueda decir y diga sobre el estado de su espíritu al concebir y dar á luz sus versos. Para el que los juzga, nada significan *el estro que en forma de calosfrío culebrea por la espina dorsal* del poeta, ni su *ser extáticamente recogido en su alma ebria y como encandecida*. La confidencia de este estado mórbido puede interesar á otros observadores—á Jacolliot por ejemplo, que tantas maravillas nos cuenta de los fakires—más no al crítico. Porque éste, para juzgar una obra literaria, aplica los principios de la Retórica—código del buen gusto—y si quisiera juzgar de ese estado anormal del poeta, que el Sr. Díaz Mirón llama *sagrada enfermedad psíquica*, tendría que recurrir á una ciencia, áun no estudiada, que llevaría sin duda el nombre de *psicopatía*. Yo, por mi parte, me declaro completamente ignorante en esa ciencia, y por esto me he limitado á analizar á la luz de la Retórica la Oda "A Byron."

Iba, pues, diciendo que el fondo de la crítica que hago del procedimiento retórico del Sr. Díaz Mirón, está en el párrafo trascrito, en el cual senté que el poeta, teniendo una forma preconcebida para expresar sus ideas, se ve algunas veces obligado á mutilarlas para que quepan en élla. El mismo Díaz Mirón nos dice como y cuando le pasa esto, en las siguientes líneas:

"En cambio, me sucede á menudo pasear conmigo,

durante semanas enteras, un aeriforme arquetipo, rebelde á los sonoros átomos de la palabra cantada, y que de día y de noche embarga mi atención hasta que se condenza y cristaliza."

Esto que el insigne poeta veracruzano dice en su estilo lleno de imágenes—algunas no muy comprensibles, como aquélla de los *sonoros átomos de la palabra cantada*—voy yo á explicarlo en mi pedestre lenguaje. Lo que el Sr. Díaz Mirón llama *arquetipo aeriforme* es casi siempre una metáfora-antitética, generalmente bella y poética, pero unas veces clara y otras confusamente concebida. Si la concepción fuera clara y la idea verdadera, la versificación vendría fácilmente, porque, como decía Boileau:

> Ce que l'on conçoit bien s'ennonce clairement,
> Et les mots pour le dire arrivent aisément.

Pero es el caso que el poeta, que sabe sin duda este otro verso del citado preceptista:

> Qui ne sut se borner ne sut jamais écrire,

quiere ser conciso, quiere decir en pocas, escogidas y sonoras palabras lo que piensa, y entonces—sigue hablando Boileau—le sucede que:

> Evite d'etre long pour devenir obscur

y que

> . . . . a peur de ramper et se perd dans la nue

Para hacer más comprensible lo antes dicho tomaré un ejemplo. Díaz Mirón, al componer la primera cuarteta de la Oda "A Byron," después de escribir:

> Eras á un tiempo el ángel y el vestiglo,

quiso que el endecasílabo siguiente encerrara la idea de que Byron había cruzado como un cometa por el cielo del arte, tenido el esplendor de un astro, y causado todo el pavor que causa un espectro. El trabajo intelectual que el poeta veracruzano debe de haber emprendido para condensar esta idea tan compleja en las once sílabas del verso, fué sin duda laboriosísimo. Muchos días y muchas noches debe de haber paseado ese *arquetipo aeriforme,* y lo único que hay que lamentar es que de tan prolijo cavilar y de empeño tan dificultoso, haya salido un verso obscuro. Si una tarea artística tan laboriosa no fuera en todo y por todo loable, yo me atrevería á recordar aquí el conocido *Parturiens mons.* Cierto es que la idea esta vez fué claramente concebida, y que la obra del pensador era perfecta; pero no correspondió á ésta la obra del artista, del artífice, mejor dicho. Y no correspondió porque el artífice pretendía realizar un imposible, algo así como contar las batallas de Napoleón en un soneto, ó poner la catedral de Colonia en la Laguna de los Cocos.

Sucédele tambien, á Díaz Mirón que á la dificultad antes citada viene á añadirse la poca claridad de la idea. Otro ejemplo, ya no tomado de la Oda "A Byron," sino de las cuartetas "A Gloria." (Y no hay que extrañar que me ocupe en examinar varias de las composiciones del poeta, puesto que, como antes lo dije, critico su proeedimiento artístico, y éste está aplicado en todas éllas.)

El mérito es el náufrago del alma;
vivo se hunde, pero muerto flota,

dicen los dos últimos versos de una de las cuartetas "A Gloria." El poeta quiso decir que al verdadero mérito le pasaba en la sociedad lo que al náufrago en el mar: vivo,

va al fondo, muerto, sube á la superficie. Pero esta idea aun expresada así, es confusa, aunque comprensible, y es mucho más confusa y casi incomprensible cuando se le condensa en dos versos. *Náufrago del alma* no significa nada; porque no se sabe si el mérito, al que se aplican esas palabras, va á bordo del alma y de ahí naufraga, ó si ésta es el mar en donde, vivo, se hunde, y en donde, muerto, flota.

Otras veces, las ideas de Díaz Mirón no sólo son confusas, sino que se tornan verdaderamente apocalípticas, y entonces sus versos sólo contienen palabras que son *átomos cantados.* Su soneto "A las cosas sin alma" termina así:

¿Dios y la idea, por diverso modo,
pueden sólo flotar en la marea
del objeto y del sér: Dios sobre todo,
y sobre todo lo demás la idea!

De aquí sí que ni Champollion, ni Auguste Mariette, ni Orozco y Berra, ni Charnay ni el mismo Chavero, desentrañan el pensamiento. Superfluo sería decir en qué consiste la oscuridad de estos versos; baste sólo preguntar al autor de éllos: si Dios flota sobre *todo* (conjunto de cosas y seres) ¿cuál es lo *demás* sobre que flota la idea? Eso equivale á decir que Pico de la Mirandola era muy sabio en *omnia re scibillae* y en otras muchas cosas!

Como se ve, el defecto que he señalado en las obras de Díaz Mirón, no consiste en la falta de estro ni mucho menos en la falta de elevación y poesía en sus ideas. Muy al contrario, creo que siente hondo y que piensa alto. Pero hay algo en él—"el estilo es el hombre" dijo Buffon y Díaz Mirón me lo ha recordado—que acusa un excesivo amor á la forma, ó mejor dicho á cierta forma *preconcebida.*

Es inconcuso que,—refiriéndome al primero de los ejemplos que antes tomé—fácil, facilísimo hubiera sido para el insigne poeta veracruzano decir en dos ó más versos lo que pensó, como fácil le hubiera sido también aclarar la concepción y ensanchar su forma, para expresar la idea contenida en los dos versos citados de las cuartetas "A Gloria.".

Pero sus ideales artísticos lo llevan á lo excesivamente conciso y deslumbrante, á lo sonoro por excelencia. Para marcar la escala á donde conduce este procedimiento, diré que en el verso:

el astro y el espectro en el cometa,

el versificador cae en lo confuso. En estos dos:

El mérito es el náufrago del alma;
vivo se hunde, pero muerto flota,

el versificador rueda en lo obscuro. Y cuando dice

..... Dios sobre todo
y sobre todo lo demás la idea

el poeta se abisma en lo ininteligible.

*

Cuando escribí mi primer artículo sobre Díaz Mirón, traté de formar la genealogía literaria del poeta, y no vacilé—sin llamarle imitador de él—de escribir el nombre de Víctor Hugo. Y bien, es indiscutible que el gran genio autor de *Religion des Religions*, de *l'Ane* y de *Torquemada* tenía momentos en que descendía y escribía páginas verdaderamente monstruosas. Esos momentos, á mi ver, eran aquellos en que su temperamento, inclinado en demasía hacia lo simbólico y lo antitético, lo hacía salirse de las eternas leyes del buen gusto. Ya

no cabe discusión sobre que sus versos primeros, aquéllos de *Odes et Balades*, de *Les Voix intérieures*, de *Les rayons et les ombres*, son sus mejores versos. Y si á un genio tan grande como era Víctor Hugo, le fué perjudicial el excesivo amor á una forma preconcebida, ¿qué mucho que yo tema que una análoga pasión extravíe al esclarecido poeta veracruzano?

Por lo demás, aunque Díaz Mirón dice que compone *rápidamente* sus versos, en mi calidad de crítico debo decirle que esa facilidad—que jamás pondré en duda—no aparece en sus obras. Lejos de eso, acusan éllas un laborioso trabajo intelectual. Lo cual significa que la *difícil facilidad* de que habla no recuerdo qué preceptista, ha venido aquí á trasformarse en una *fácil dificultad*.

Para terminar con este asunto, diré que yo no creo que el arte sea ese terrible dios, semejante al Moloch de los Ammonitas, que, incandescente él mismo, produce incandescencias, calosfríos, *electricidades*, y es implacable enemigo, ya no de sus víctimas, sino de sus sacerdotes. Pese á la sombra de Byron, y á la de Beaudelaire, y pese á Richepin y á Rollinat, el genio poético, que ha dado á la humanidad los *Idilios* de Mosco de Siracusa, las *Eglogas* de Virgilio, los *Sonetos* de Petrarca, las *Odas* de André Chenier, y las *Elegías* de Hegésippe Moreau, no es una *enfermedad psíquica*, no es un mal de San Vito del espíritu, que le hace perder el sentido común y lo lanza á la demencia....

II

Releyendo la contestación que el Sr. Diaz Mirón ha dado á la crítica que hice de sus versos, he advertido que todo lo que antes he escrito ha sido hasta cierto